

En realidad, el traficante de armas, senador Pedro Ibáñez Ojeda, era apenas un engranaje en una maquinaria enorme montada en Brasil para, a través de la Sociedad de Fomento Fabril Chilena, canalizar los fondos para el sabotaje de la economía chilena y la alimentación de los grupos fascistas. Grupos privados brasileños de grandes empresas, entré los que figuraban el magnate de la imprenta Gilberto Hubles, en colaboración con monopolistas de la metalurgia y la banca, utilizaron correos de envíos de dinero a Chile como Aristóteles Brumond, adscrito al equipo de la CIA en Brasil, o como el ingeniero Glaycon de Paiva, nervio motor del llamado Instituto de Investigaciones y Estudios Sociales (IPES), fundado en 1961 con asesoría de Washington, para «prevenir» un levantamiento popular en las Administraciones de Janio Quadros y Joao Goulart. (Para un estudio más profundo de este IPES, ver mi libro *Estados Unidos en Brasil*, Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1965.) Estos grupos brasileños estaban detrás, en lo financiero y en lo ideológico, de los equipos de «expertos» de la Democracia Cristiana del grupo de Frei y del Partido Nacional, en la coordinación del sabotaje político al Gobierno de Allende. Orlando Sáenz estaba en contacto permanente con los brasileños de estas organizaciones, así como con grupos similares de Argentina, Venezuela y los EE.UU.

### *Nueva insurrección militar*

En el mes de junio de 1973, la organización fascista Patria y Libertad, impresionados sus dirigentes por la efectividad de su trabajo terrorista, por la enorme penetración que habían logrado entre los organizaciones latifundistas del sur del país, y por la amplia protección que recibían de Carabineros y de las Fuerzas Armadas, decidieron montar una aventura por su cuenta. El jefe de los conjurados, Pablo Rodríguez Grez, decidió montar una insurrección militar en Santiago, que, esperaba, sería como encender un barril de pólvora en todo el país, y provocaría la rápida caída de Allende, su reemplazo por una junta cívico-militar compuesta por los presidentes del Senado (Eduardo Frei), del Poder Judicial (Enrique Urrutia Manzano) y los comandantes en jefe de las tres ramas de las Fuerzas Armadas.

Rodríguez consultó con el general en retiro Roberto Viaux Marambio, preso en la Penitenciaría de Santiago desde noviembre de 1970 por el «caso Schneider», y le mostró los hechos. Por ejemplo, que los atentados terroristas marcaban un record impresionante: durante el año 1973, cinco atentados dinamiteros, a balazos, a golpes y asaltos contra personas o lugares de la Universidad Popular en enero; 29 en febrero; 28 en marzo; 57 en abril y 105 en mayo... (de esos atentados, sólo cien habían sido investigados habiendo caído presos 83 hechores... ¡Y todos habían sido dejados libres por los tribunales de justicia!); que la Corte Suprema de Justicia, a petición expresa del director del departamento de personal del Ejército, general Oscar Bonilla («hombre de Frei», dijo Rodríguez Grez, repitiendo la definición que le daban Juan de Dios Carmona y Juan Hamilton en cualquier reunión social en Santiago), el 26 de mayo había enviado un oficio público al presidente Allende, sumamente insolente, en que le representaba «por enésima vez la actitud ilegal de la autoridad administrativa en la ilícita intromisión en asuntos judiciales» y le advertía «no ya una crisis del estado de derecho, sino una perentoria o inminente quiebra de la juricidad del país»; que el prestigio interno del comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, estaba por los suelos; que no sólo conspiraban algunos altos mandos militares, sino también Frei, Jarpa y otros políticos de derechas; que la Agencia Central de Inteligencia de los EEUU, opinaba que las condiciones estaban maduras para provocar un golpe militar-civil; que los latifundistas chilenos, a través de Benjamín Matte, presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, estaban de acuerdo en que había llegado el momento de derrocar a Allende; y que, por último, la organización Patria y Libertad contaba con «la lealtad» de por lo menos un regimiento de Santiago, el Blindados Número 2, ya que su comandante, el teniente coronel Roberto Souper Onfray era miembro activo de la organización fascista y, además, hermano de su dirigente regional (en Concepción) del mismo grupo.

El general en retiro Viaux Marambio (que estaba siendo protegido abiertamente por la Corte Suprema, al serle rebajada la pena de presidio de veinte años de cárcel que le correspondía por su responsabilidad intelectual en el asesinato del general René Schneider Chereau, a sólo dos años) estuvo de acuerdo con Rodríguez Grez y le dio un esquema. Según con-

tó Rodríguez Grez más tarde a Benjamín Matte, y éste, borracho, pocos días antes del intento insurreccional del 29 de junio, en su casa, a un grupo de amigos, el esquema era así: primero, provocar de algún modo un escándalo en el que el general Carlos Prats fuera el protagonista para «suicidarlo moralmente», obligando a las Fuerzas Armadas a pensar que «ya no se puede aguantar más»; y segundo, atacar La Moneda con los tanques del Regimiento Blindados, presentando a los mandos de Santiago «el hecho consumado».

Como se ve, el esquema era una especie de repetición mejorada de lo que Viaux pretendió hacer en octubre de 1970. Patria y Libertad se dio a la tarea confiando mucho en el desarrollo mecánico de las cosas, y concentró sus esfuerzos solamente en preparar los dos «detonantes»: el desprestigio de Carlos Prats y el levantamiento contra el Palacio de La Moneda de las tropas de tanques de Santiago.

En la mañana del 26 de junio, martes, comenzó a funcionar la insurrección con la complicidad de un regimiento de Santiago. Se montó un «incidente callejero» en el cual debía ser linchado, o por lo menos golpeado brutalmente por la multitud, el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats. Se utilizó como señuelo a una mujer llamada Virginia Cox, cuya apariencia de hombre (esa mujer era conocida en la alta sociedad santiaguina por su lesbianismo casi «profesional») era el centro de toda cuestión. Se trataba de que a la hora de mayor concurrencia de automóviles desde el barrio alto de la capital hacia el centro, el automóvil de Prats debía ser molestado, interceptado y puesto en peligro de chocar varias veces, por otros dos automóviles, mientras, desde un tercero, Virginia Cox molestara al general hasta exasperarlo. Se esperaba que Prats creyera que la Cox era hombre (tal como ocurrió) y que arremetiera físicamente contra ella, lo cual provocaría un lío considerable en el lugar, con indignación manejada por dos hombres adiestrados para ello, que iban en los otros dos automóviles de la operación, y el general sería golpeado y, en el mejor de los casos, linchado. Toda la operación fue preparada por la CIA norteamericana, a través del periodista Manuel Fuentes Wedling, de Patria y Libertad.

Así ocurrió cerca del mediodía del martes 26 de junio. A la salida del barrio alto de Santiago, y después de que durante veinte cuadras el automóvil del general Prats fue cruzado, tocado, y a veces empujado por otros dos, y después que Vir-

ginia Cox, desde su automóvil pequeño, le hiciera muecas groseras, gestos con las manos y le gritara «viejo maricón», el comandante en jefe del Ejército interceptó al auto de Virginia Cox, sacó su pistola de reglamento, bajó de su automóvil y encañonó en la cabeza a la mujer. Sólo en ese momento el general Prats se dio cuenta que Virginia Cox no era hombre, sino mujer. Pero ya más de un centenar de personas rodeaba la escena, y uno de los provocadores trató de iniciar el linchamiento gritando: «¡General maricón, eres como Allende, sólo te atreves con las mujeres!» Sin embargo, por una casualidad, estaba en el grupo un chófer de taxi que cogió al general Prats de un brazo y a tirones lo metió en su taxi y lo llevó al Ministerio de Defensa. Más tarde, el chófer declaró a los periodistas: «Me di cuenta de que la gente quería linchar al general. Si no lo saco, lo matan. Habían tipos que le dieron de empujones, le gritaban de todo y azuzaban a los demás para que hicieran lo mismo... Para sacar mi taxi tuve que meter el acelerador a fondo y empujar a varios que querían obstruirnos el paso.»

Pero el automóvil del general Prats quedó en el lugar. Desinflaron las llantas y escribieron, con pintura amarilla, en el parabrisas y el techo, las palabras «generales gallinas» y «Prats maricón». En el lugar de los hechos estaban, desde el principio, periodistas de la radioemisora Minería, perteneciente a la oligarquía industrial, y de «El Mercurio». Los periódicos, radios y cadenas de televisión de la reacción informaron del suceso, desde la tarde misma del 26 en el sentido de «general Prats ataca a una mujer que le sacaba la lengua», y afirmando con sus crónicas la tesis de ser «un cobarde», una persona que «no puede ser jefe de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas».

Al día siguiente, miércoles 27 de junio, en la página dos del diario «El Mercurio», apareció un larguísimo artículo firmado por Carlos Vicuña Fuentes, un anciano intelectual reaccionario, titulado *Un llamado a la Gente Sensata*. El artículo decía, en síntesis, que «el país ya no aguanta más la situación actual», nuestras Fuerzas Armadas son la reserva moral que debe salvar la República», es «necesario que un Gobierno militar tome las riendas de la nación» y «después de pasado un tiempo prudente, entregue el mando a un grupo selecto de personas probadamente sabias e inteligentes».

El mismo día, en el casino de oficiales del Regimiento Blindados Número 2, un capitán trató de convencer a sus compa-

ñeros oficiales que «debemos ir a la Comandancia en Jefe con los tanques, para pedir la salida del maricón de Prats y la renuncia de Allende». El capitán fue arrestado por los miembros del Servicio de Inteligencia de la unidad y llevado al Ministerio de Defensa. Al día siguiente, 28 de junio, el comandante de la unidad, teniente coronel Roberto Souper Onfray, comunicó al equipo dirigente de Patria y Libertad que «la comandancia me ha relevado de mi cargo, mañana tengo que entregar el mando al coronel Ramirez, ¿qué hago?»

Pablo Rodríguez Grez y Benjamín Mette le dijeron que insurreccionara la unidad. El día 29 de junio, a las nueve de la mañana, después de un baleo en el interior del regimiento contra oficiales que se opusieron (murieron 8 militares), a bordo de seis tanques Sherman, el regimiento Blindados Número 2 rodeó La Moneda, asaltó el Ministerio de Defensa y liberó al capitán apresado el día 27. Pero, la insurrección había cometido un pequeño error: Salvador Allende NO estaba en el Palacio de Gobierno; estaba en su residencia del barrio alto, al otro extremo de la ciudad, en la calle Tomás Moro.

Desde las nueve a las once de la mañana, espacio en el cual los tanques de Souper dispararon más de quinientos tiros, los conjurados de Patria y Libertad y el propio teniente coronel Souper esperaron en vano que «los detonantes» montados desde el día 26 surtieran su efecto. Ningún otro regimiento de Santiago se plegó al asedio de La Moneda. Ninguna radio fue tomada por efectivos militares. Ni Eduardo Frei, Presidente del Senado, ni Urrutia Manzano, presidente de la Corte Suprema dijeron nada. ¿Qué había pasado?

Había pasado que los generales y almirantes conspirados no tenían seguridades todavía de que Augusto Pinochet, segundo general del Ejército, estuviera totalmente convencido de la operación derrocamiento; aun cuando la «estrategia general del derrocamiento» estaba terminada, según estudios de los generales Sergio Arellano Stark, Herman Brady Roche, Gustavo Leigh y el vicealmirante José Toribio Merino, ocurre que no se habían iniciado conversaciones con el general César Mendoza Durán, de Carabineros (aun cuando se le eligió a él como «contacto», ya a fines de marzo, los generales postergaron las conversaciones hasta poder presentarle un cuadro militar completo, y eso en junio todavía no ocurría), y que no había sido terminado el esquema de acción en Santiago, que debía coordinarse con una intensa «campana política a partir

de julio, para desembocar en septiembre» que colocara a Allende en la «ilegalidad» a los ojos del Parlamento, el Poder Judicial y la Contraloría.

Entonces, cuando el general Carlos Prats, por orden de Allende, se fue a la Escuela Militar de Santiago, a las nueve y cuarto de la mañana del 29 de junio, «para sofocar el motín», se encontró con que «los generales están reunidos discutiendo la situación». Sólo una hora y quince minutos después, los generales, sin la presencia de Prats, estuvieron de acuerdo en «sofocar el motín». Carlos Prats (sin saberlo) a la cabeza de los generales conspiradores, se dirigió a los distintos regimientos de Santiago, para hacerlos salir a sofocar el levantamiento.

El general Prats se dirigió a la Escuela de Suboficiales porque estaba comandada por el coronel Julio Canessa Roberts, elemento ultrafascista cuyos pasos conocimos en capítulos anteriores. El general Augusto Pinochet se puso a la cabeza del Regimiento Buin, cuyo comandante era «constitucionalista». El general Oscar Bonilla fue enviado al regimiento sublevado, el Blindados Número 2, por recomendación de Orlando Urbina Herrera, Inspector General del Ejército y con grandes ambiciones de ser «líder» de un movimiento «militar reformista» que reemplazara a Allende. La recomendación se justificaba porque Bonilla, «duro» y conspirador, era una de las pocas personas capaces de convencer a los sublevados del regimiento para que depusieran las armas «esperando una ocasión propicia».

Más tarde, de camino a La Moneda, al general Prats se sumó el general Guillermo Pickering, «reformista», jefe de los Institutos Militares; mientras, el jefe de la guarnición de Santiago, el general «reformista» Mario Sepúlveda Squella, ordenaba que la Escuela de Infantería (al mando de un coronel «constitucionalista»), la Escuela de Telecomunicaciones (al mando de un coronel «duro») y la Escuela de Paracaidismo y Fuerzas Especiales (al mando de un teniente coronel «reformista») avanzaran desde el noroeste y el sur hacia La Moneda.

El general Prats había pedido a Salvador Allende que ordenara a las Fuerzas de Carabineros retirarse del escenario de la operación de «cerco» de los amotinados. Allende accedió y limitó la acción de Carabineros a cuidar su residencia de Tomás Moro.

En un esfuerzo desesperado, los fascistas de Patria y Libertad dinamitaron la planta transmisora de Radio Portales, del

partido socialista. Pero ya no había nada que hacer. A las once y media de la mañana, los insurrectos se rindieron en las propias calles adyacentes a La Moneda, mientras tres tanques al mando del teniente coronel Souper escapaban hacia la sede del regimiento Blindados Número 2, para rendirse ante el general Óscar Bonilla.

Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Matte, y otros dirigentes de Patria y Libertad se refugiaron en la Embajada del Ecuador.

A las ocho de la noche de ese mismo viernes, frente al Palacio de La Moneda, el presidente Allende convocó al pueblo para dar «un informe sobre los hechos». Los obreros reunidos, unos veinte mil, gritaban consignas como «armas para el pueblo», «crear poder popular», «a cerrar el Congreso», «fuera de Chile los yanquis, ahora».

Allende hizo un discurso que finalizó con este párrafo: «Mañana, de nuevo las usinas a levantar su humo para saludar a la patria libre; de nuevo al trabajo a recuperar las horas que significó el paro del jueves; mañana cada uno a trabajar más, a producir más, a sacrificarse más por Chile y por el pueblo... Compañeros trabajadores: tenemos que organizarnos. Crear y crear el Poder Popular, pero no antagónico ni independiente del Gobierno, que es la fuerza fundamental y la palanca que tienen los trabajadores para avanzar en el proceso revolucionario».

Grupos de trabajadores, esa noche, se fueron caminando hacia sus casas gritando eufóricos: «¡Soldado amigo, el pueblo está contigo!»

### *Larga reunión*

A la mañana siguiente del 29 de junio, se reunieron casi todos los generales de la guarnición de Santiago, agrupados bajo el liderato de Herman Brady, Mario Sepúlveda, Guillermo Pickering, Sergio Arellano Stark, Javier Palacios y Oscar Bonilla. Se leyó un informe del SIM que decía que «entre las nueve y las once de la mañana», en los cordones industriales de Los Cerrillos y Vicuña Mackenna, se había reunido un contingente de más o menos diez mil obreros, en preparación para avanzar al centro de Santiago a combatir con las tropas blindadas amotinadas». Se estableció que el «amotinamiento» había sido «causado por la mala influencia de personas civiles sobre nuestros mandos», y que «esta situación da una mala